



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE



Año IV, nº 10, 20 de diciembre de 2009

EVANGELIO DE LA SEMANA

Lucas 1, 39-45

En aquellos días, María se puso de camino y fue a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel escuchó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo, y dijo voz en grito: ¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

ESTA SEMANA:

El sentido cristiano de la Navidad
La Encarnación

EL SENTIDO CRISTIANO DE LA NAVIDAD

Para los cristianos, también en el adviento y la navidad, nada tendría sentido si no estuviera empapado y revestido de fe en Jesucristo, el Hijo de Dios.

El secularismo trata de robar el alma de las cosas. Le quiere quitar la razón de ser y el sentido religioso.

Cambiando la persona por el ropaje, la fiesta por el adorno, la fe por su expresión meramente cultural, el misterio por la apariencia. Pues en los pagos del secularismo no cabe la referencia a Dios, a lo trascendente, a lo religioso.

La fe se quiere que sea un asunto privado. Que equivale a decir que sea casi nada.

La Navidad, y las celebraciones populares en general, deben soportar ese incontenible alud consumista, bien orquestado por la publicidad, al que poco o nada interesa el contenido religioso. La Navidad se ha convertido en "las fiestas".

Hay que saber distinguir entre lo que se celebra como fiesta y lo que significa el compromiso personal y social con la fe.

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz les brilló (Is 9,1). Nos nace el Mesías, el Señor. El misterio de la Palabra hecha carne ha brillado ante nuestros ojos. Hemos conocido a Dios visiblemente y estamos llenos de gozo porque este misterio de Navidad nos llena de esperanza.



“Cristo, el Señor, sin dejar la gloria del Padre, se hace presente entre nosotros de un modo nuevo: el que era invisible en su naturaleza se hace visible al adoptar la nuestra; el eterno, engendrado antes del tiempo, comparte nuestra vida temporal para asumir así todo lo creado, y restaurar de este modo el universo, para llamar de nuevo al reino de los cielos al hombre sumergido en el pecado” (Prefacio de Navidad, II). Éste es el sentido cristiano de la Navidad, tal como lo canta nuestra liturgia.

El gozo y la alegría que sentimos y cantamos no tiene otro motivo sino el nacimiento de Jesucristo. Si de luces se llenan las calles, si fiesta se hace en las casas, si desborda la alegría, no es otra la razón que nos mueve sino el recuerdo del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. No tenemos otro motivo. Y bien que nos basta el que tenemos. Paz y felicidad, sí, a los hombres, pero porque llega Jesucristo, el Señor.

LA ENCARNACIÓN

I VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE

El acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre, ni que sea el resultado de una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. El se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre



II POR QUÉ EL VERBO SE HIZO CARNE

"Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre".

El Verbo se encarnó *para salvarnos reconciliándonos con Dios*: "Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10)

El Verbo se encarnó *para que nosotros conociésemos así el amor de Dios*: "Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16).

El Verbo se encarnó *para ser nuestro modelo de santidad*: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14, 6). Y el Padre, en el monte de la transfiguración, ordena: "Escuchadle" (Mc 9, 7; cf. Dt 6, 4-5). El es, en efecto, el modelo y la norma de la ley nueva: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15, 12).

III LA ENCARNACIÓN

Volviendo a tomar la frase de San Juan ("El Verbo se encarnó": Jn 1, 14), la Iglesia llama "Encarnación" al hecho de que el Hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo por ella nuestra salvación. En un himno citado por S. Pablo, la Iglesia canta el misterio de la Encarnación:

Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. (Flp 2, 5-8; cf. LH, cántico de vísperas del sábado).

La fe en la verdadera encarnación del Hijo de Dios es el signo distintivo de la fe cristiana: "Podréis conocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios" (1 Jn 4, 2). Esa es la alegre convicción de la Iglesia desde sus comienzos cuando canta "el gran misterio de la piedad": "El ha sido manifestado en la carne" (1 Tm 3, 16).

Tomado del Catecismo de la Iglesia Católica.